

## **Tito 2:11-14**

Sermón Tito 2:11-14 Navidad 2010

La gracia de Dios se ha manifestado para salvación a toda la humanidad, y nos enseña que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, mientras aguardamos la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo. Él se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda maldad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.” (Tito 2.11–14)

Tal vez en todo el año no hay más festividad que la que se conecta con la Navidad. Aun en países que no saben casi nada de las verdaderas razones de celebrar en la Navidad, se llenan tiendas y plazas de Santa Claus, de árboles artificiales y colores festivos. Pero nosotros tenemos una verdadera razón para celebrar la Navidad. Nuestro texto la indica: “La gracia de Dios se ha manifestado”. Cuando Cristo vino en carne para ser nuestro Redentor, tuvimos la clara manifestación del hecho de que Dios nos ama, de que busca la salvación de la humanidad que se había perdido en el pecado, y que nos redimiría del pecado, de Satanás y de la condenación en el infierno.

Pero también se ve en nuestro texto cómo debemos celebrar durante todo el año y toda la vida la Navidad. La gracia de Dios produce en la persona creyente una respuesta, una nueva forma de vivir. Sin la venida de Jesús en nuestra carne y sangre, como nuestro hermano, en la primera Navidad, no podríamos vivir en la forma y con la esperanza que expresa nuestro texto. Veremos que La gracia de Dios se ha manifestado I para salvación, II Para que digamos no al pecado, III Para que esperemos la gloriosa segunda venida de Jesús.

“La gracia de Dios se ha manifestado”. Se ha manifestado en un mundo que estaba dominado por el pecado y condenado a la muerte eterna. Isaías describe la situación: “Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra y oscuridad las naciones” (Isaías 60.2). Pero entonces viene la gran intervención de la gracia de Dios, de modo que “mas sobre ti amanecerá Jehová y sobre ti será vista su gloria”. Así que puede exhortar a todos: “¡Levántate, resplandece, porque ha venido tu luz y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti!” (Isaías 60.1).

Esto es lo que sucedió cuando Jesús nació en Belén. En el campo donde unos pastores guardaban sus rebaños “se les presentó un ángel del Señor y la gloria del Señor los rodeó de resplandor, y tuvieron gran temor. Pero el ángel les dijo: —No temáis, porque yo os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor. Esto os servirá de señal: hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre” (Lucas 2.9–12).

“Un Salvador, que es Cristo el Señor”, “nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo”. Eso es lo que Pablo resume en nuestro texto cuando dice que: “La gracia de Dios se ha manifestado para salvación a toda la humanidad”. Pero vamos a ver un poco más de lo que significa este maravilloso nacimiento del Niño de Belén.

Vino para salvación. Salvar quiere decir rescatar de una situación imposible. Y desde que Adán y Eva pecaron, estábamos en una situación imposible. Todavía debíamos una perfecta obediencia a nuestro Creador, so pena de una muerte eterna en el infierno. Sin embargo, éramos impotentes para hacer nada del agrado de nuestro Creador, tan profunda fue nuestra esclavitud al pecado. No había manera en que nos pudiéramos escapar de nuestro triste destino. Pero Dios determinó salvarnos, de modo que envió a su unigénito Hijo para hacerlo, para rescatarnos de nuestra condenación. Para eso el eterno y todopoderoso Hijo de Dios tomó en el seno de la Virgen María nuestra carne y sangre, se hizo un verdadero ser humano, nuestro hermano. Su humilde nacimiento en Belén fue para poder ser nuestro perfecto Sustituto, obedecer todos los mandatos de Dios que nosotros no pudimos cumplir, y luego cargarse con la culpa de nuestros pecados y pagar la deuda y el castigo completo que nosotros merecimos. Cristo vino a este mundo sabiendo todo lo que le esperaba. Sin embargo, en su gracia, en su amor inmerecido, vino para obrar nuestra salvación. Como dice el último versículo de nuestro texto: “Él se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda maldad”. Él mismo se ofreció en sacrificio por los pecados que nosotros habíamos cometido, y eso lo hizo para el mundo entero, “toda la humanidad”.

Así tendría Dios un pueblo propio para sí. Todos los que reciben con gozo este don de la gracia de Dios con verdadero

arrepentimiento y fe forman este pueblo especial que es la posesión especial de Dios.

Pero este pueblo especial de Dios es también llamado para algo. Pablo nos dice que la gracia de Dios también nos enseña algo. Nos enseña a decir no al pecado y sí a una vida que agrada al Señor. “Y nos enseña que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente”.

Y esto realmente nos enseña cómo celebrar la Navidad correctamente, no sólo ahora, sino durante toda nuestra vida. Desde que fuimos bautizados en Cristo Jesús expresamos la nueva relación con Dios como sus hijos redimidos al responder a la pregunta: ¿Renuncias al diablo, y todas sus obras, y todos sus caminos? con “Sí, los renuncio”. En la confirmación se nos hizo la misma pregunta, con la misma respuesta. Pero no es sólo una fórmula que se repite en un ritual y luego se olvida. Más bien, como este mundo presente está dominado por el diablo y la incredulidad, y este mundo es precisamente de lo que Cristo nos ha redimido, toda nuestra vida se caracteriza con celebrar esta libertad de la esclavitud al pecado que Cristo nos trajo con su venida, sufrimiento y muerte, diciendo no al pecado, y sí a la buena voluntad de Dios nuestro Salvador.

En el último versículo Pablo describe el objetivo de Jesús en venir como Salvador a este mundo perdido. Fue para “purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras”. En Efesios Pablo enfatiza lo mismo. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe, pues somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas” (Efesios 2.9–10).

El problema es que nuestra carne y el mundo desean exactamente lo opuesto, y que a pesar de que somos cristianos redimidos por Cristo, esos malos deseos también viven en nosotros y nos rodean. Y esta mente carnal es “enemistad contra Dios”. Así que, Pablo nos exhorta: “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne, porque el deseo de la carne es contra el Espíritu y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais” (Gálatas 5.16–17).

Por eso la necesidad diaria de renunciar al diablo y todas sus obras y todos sus caminos. No hacerlo sería mostrar la mayor ingratitud posible a Jesús por todo lo que hizo para salvarnos precisamente del diablo y todos sus caminos. Más bien, la gracia nos enseña a vivir sobria, justa y piadosamente. Vivir sobriamente es con control de uno mismo, vivir justamente es vivir conforme a la norma que ha establecido Dios, el estar conformado a la buena y agradable voluntad de Dios que es parte de nuestro culto racional, y vivir piadosamente es vivir en el verdadero temor y amor de Dios, que nos motiva a hacer su voluntad. Cuando consideramos lo que la gracia de Dios hizo que Cristo hiciera por nosotros, no podemos sino estar llenos de gratitud, y así de la voluntad de agradecer y agradecerle a él. Así la “gracia” nos enseña a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y vivir en este siglo sobria, justa y piadosamente. Al hacer eso, estamos celebrando la Navidad, la venida de Cristo en nuestra carne para ser nuestro Redentor y librarnos de este siglo malo, todos los días.

Pero hay otra cosa que caracteriza nuestra vida ahora en este mundo. Es la anticipación de la gloria del mundo venidero. “Mientras aguardamos la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo”. Cuando Cristo vino la primera vez, fue en forma humilde, como un bebito que su madre acostó en un pesebre. Aun en ese momento, era el Rey eterno del universo, pero esa gloria fue escondida. Pero cuando Cristo venga otra vez, no será como un niño humilde, sino será como el glorioso Rey de reyes y Señor de señores. Como dijo Pablo a los filipenses, “Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2.9–11). De hecho, se revelará que el que vino como el humilde niño en la Navidad no es otro sino “nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo”.

Esa aparición de Jesús será con una gloria indecible. Pero no será causa de espanto para sus queridos hijos, sino más bien será el cumplimiento y la plena revelación de todo lo que habíamos esperado en esta vida presente. La esperanza aquí no significa el sentimiento de esperanza, como cuando decimos que espero que haga buen tiempo mañana. Más bien es la cosa esperada misma, la herencia celestial, la presencia plena e ininterrumpida de

nuestro Salvador con nosotros. De hecho, es la conexión entre la primera venida en humildad en Belén para morir por nosotros y esa segunda venida en gloria para dar a nosotros todo lo que ganó para nosotros aquí en la tierra, lo que realmente nos da el verdadero gozo navideño. Que Dios nos ayude a celebrar siempre esta gran salvación que trajo Jesucristo a nosotros en la primera Navidad, viviendo para él ahora en el tiempo y después en la eternidad. Amén.